



Angélica Morales La casa de los hilos rotos



La casa
de los
hilos rotos

Angélica
Morales

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1565

© Angélica Morales, 2023

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-233-6286-8

Depósito legal: B. 1.864-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Otti Berger

1938

El puerto de Southampton estaba atestado de gente. Había familias enteras haciendo cola cerca del muelle, a la espera de que los marineros del *Britannic* acabasen de colocar las pasarelas de embarque. Los ojos de Otti Berger vagaban de un lado a otro intentando esquivar el desconuelo y la desesperación, pero era imposible no darse de bruces contra la realidad. Se fijó en la figura de un niño mal vestido que sostenía un mendrugo entre los dedos. Le propinaba mordiscos pequeños para que le durase más y no paraba de moverlo entre sus manos, como si con ese gesto el pan pudiese crecer. Entristecida, Otti se apretó contra el cuerpo de Hilb, su prometido. La angustiaba aquel niño hambriento, condenado a engullir el pan y a soportar el vacío que vendría después; ese hueco viscoso imposible de llenar, como el que ella sentía en esos momentos dentro de su pecho.

Otti se odiaba a sí misma cuando en situaciones límite se obligaba a mantener la compostura. Desde niña se había esforzado por no mostrar debilidad. ¿Por qué no actuaba como las otras mujeres y le suplicaba a Hilb que se quedase con ella? ¿Qué le impedía hincar las rodillas en el suelo y despellejarse la piel? Debería correr como hacían esas madres enlutadas,

convertirse en bestia y arrancar la pasarela con los dientes para que el mar no se llevase lo que más quería en el mundo.

—¿Estás segura de tu decisión? —preguntó Hilb sacándola de sus pensamientos—. Todavía estás a tiempo de embarcar.

Otti asintió con la cabeza.

—Ya lo hemos hablado —respondió ella—. Debo regresar.

Hilb parecía poseído por una emoción violenta, aunque hacía esfuerzos por mostrarse dueño de sí mismo.

—En cuanto tu madre esté mejor, regresa a Londres y coge el primer barco a Nueva York —dijo.

—Así lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Ludwig Hilberseimer. —Lo besó y luego añadió—: No tengas miedo. Yo no lo tengo.

Las chimeneas del barco exhalaban un primer aliento. Hilb se abrió paso entre el gentío en dirección a la pasarela de primera clase. Otti lo siguió con la mirada, hasta que la multitud se cerró en torno suyo y lo perdió de vista. Pero ni aun entonces se vio capaz de emprender el camino de regreso. De modo que se quedó allí, en medio del muelle, mientras la gente pasaba corriendo a su lado, los niños la empujaban y las voces se convertían en un enjambre de abejas. Cerró los ojos unos instantes y al volver a abrirlos lo vio: ahí estaba Hilb, en cubierta, agitando el sombrero. Ya no había vuelta atrás; el *Britannic* zarparía llevándose a Hilb al otro lado del océano. Para ella, en cambio, Norteamérica no era más que un sueño que acababa de hacerse añicos.

«No tengas miedo», le había dicho a Hilb momentos antes. Pero le había mentido. Porque sí sentía miedo; un pánico profundo y feroz, imposible de ignorar. Otti sabía muy bien que la calma en Europa tenía los días contados. El mal acechaba por todas partes y la violencia acabaría extendiéndose igual que un dulce pringoso. Pensó en su familia, en el cuerpo flaco de su padre cuando se había despedido de él en Vörösmart unos días atrás. Pensó en los nazis, en sus uniformes recién planchados, en su prepotencia y brutalidad. Y pensó en ella misma, en el riesgo que corría por el mero hecho de portar un apellido judío. Quizá Hilb tuviera razón. Quizá no estaba haciendo lo correcto al renunciar a su vida y dejar escapar aquel sueño azul que se alejaba entre la niebla. Pero ya nada importaba, solo le quedaba resistir, convertirse en isla y luchar con todas sus fuerzas contra el dolor que comenzaba a abrirse paso en el horizonte. No tenía otra elección.

Penélope

Otoño de 2022

Penélope llega tarde. Ha tenido problemas para aparcar y al final no le ha quedado más remedio que dejar el coche en doble fila. De todos modos, no piensa permanecer mucho tiempo en el tanatorio. Ni siquiera se ha peinado. Sabe que su madre se horrorizará al verla vestida con esas pintas, con el pelo teñido de rosa, la chupa de cuero azul, sin luto. Está preparada para sentir sus ojos inquisidores sobre ella, esa pregunta que bailará sobre sus pupilas y que será un grito silencioso, algo así como: «¿Es que no has podido encontrar algo más discreto que ponerte?». Llamar la atención es algo que Montserrat detesta, y por eso Penélope siempre hace justo lo contrario a lo que su madre espera de ella. Así funcionan las cosas entre las dos.

Recibió la noticia la noche anterior, un mensaje escueto en el que su madre le comunicaba que su abuela Asunción había muerto. Estaba obligada a asistir al funeral. Era un asunto de familia, y en esos casos Montserrat es tajante y no perdona. Una de las grandes damas de la sociedad barcelonesa había pasado a mejor vida y los ojos iban a estar puestos en la familia. Tenían que demostrar que, pese a todo, estaban unidos. Montserrat también le dio unas cuantas instruc-

ciones sobre qué ponerse. No pudo evitar ese ramalazo de tiranía.

Ahora, Penélope piensa, no sin cierta satisfacción, que su madre va a odiar su nuevo corte de pelo, esa melena recta coloreada en color fucsia. Cuando Montserrat la vea aparecer se va a quedar completamente boquiabierta. Conoce a su madre, se tragará una maldición, cerrará los puños y esbozará una sonrisa fingida, como si no pasara nada, como si fuera una de esas madres modernas y comprensivas que aceptan cualquier locura de sus vástagos.

Aunque Penélope, en realidad, no pretende escandalizar a su madre, sino mostrarse tal y como es. Una pintora que ha encontrado en Girona su lugar, que tiene su propia galería de arte y que poco a poco está consiguiendo abrirse camino en el mundillo artístico. También es una mujer autónoma, que nunca ha pedido ayuda a sus padres, por mucho que Montserrat se empeñe en tratarla aún como a una niña.

Como artista no le va mal, aunque no se ha librado todavía del peso del apellido Ribó. Su familia posee una empresa textil, Tejidos Ribó, un nombre que a ella le suena a veneno o a inyección letal, algo que cada vez que se menciona la obliga a apretar los dientes. Hace poco un crítico se refirió a ella como «la cara más oscura de los Ribó». Su madre casi se desmaya cuando leyó el titular en el diario. A Montserrat le habría gustado que su hija fuese como las hijas de sus amigas, una chica burguesa que no da problemas, una chica que algún día encontrará un buen partido y se casará a lo grande, aunque después empezará a hacerse pequeña en el interior de cuatro paredes.

Penélope no recuerda a ninguna mujer de la familia que se haya puesto al frente del negocio, solo hom-

bres ambiciosos, como Lluís y Pep, los sobrinos de su padre, que ahora están a cargo de la empresa. La abuela Asunción, por ejemplo, dejó Tejidos Ribó en manos de su esposo, el abuelo Román, un hombre con el que se casó por conveniencia y que nunca la amó. Penélope apenas lo recuerda, aunque el tío Antoni, el hermano de su madre, le ha hablado de él. Según Antoni, Román era un hombre extraño, silencioso, que atesoró una larga lista de amantes y que se encargó de demostrar el desprecio que sentía por su esposa de todas las formas posibles.

Penélope se encamina a toda prisa hacia las puertas del tanatorio. No le gustan los velatorios. Todo le parece falso: la gente, las flores, el drama hipócrita, esa necesidad de hablar bien de los muertos, aunque sea un monstruo el que esté en el interior del ataúd, los hombres en corro intercambiando chistes verdes con la voz ahogada. Seguro que las amigas de su madre aprovecharán para criticar a la muerta en cuanto Montserrat se dé la vuelta. Siempre es así.

En la entrada, se encuentra con su padre. Fran fuma a la sombra mientras habla por el móvil. Cuando ve a su hija le hace un gesto para que se detenga, pero ella sabe que cuando su padre se engancha al móvil todo lo demás deja de existir. A Fran no le importa nada excepto llevar una vida apacible y solitaria. Desde que el año pasado sufrió un infarto y dejó la empresa, lo que más le preocupa son sus maquetas. La mitad de la casa está ocupada por maquetas de la Segunda Guerra Mundial. Su padre se dedica a reproducir todas las batallas y siempre se posiciona del lado de los nazis. Su madre y él llevan vidas paralelas, se cruzan en la cocina o en el salón, pero sus horarios son distintos. Duermen en habitaciones separadas y Penélope

está convencida de que la libido de su padre solo se dispersa ante la imagen de un uniforme nazi ampliado gracias a una lupa. En cambio, su madre no tiene interés por nada. Bebe a solas. Va a misa. Sale de compras con sus amigas y regresa a casa cargada de objetos estúpidos comprados en la tienda de los chinos. La revolución íntima de su madre es esa, el descubrimiento de la tienda de los chinos.

Penélope avanza por un pasillo y luego sube unas escaleras de mármol forradas por una alfombra azul hasta alcanzar la segunda planta. Sabe que su abuela está en la sala 210. Aún no ha llegado y ya tiene ganas de marcharse. De buen grado daría media vuelta para regresar al coche y conducir hasta Girona con la música de Mahler a todo volumen. Su madre detesta a Mahler. Eso la hace sonreír y acelera el paso.

Mira a un lado y a otro. Todas las salas le parecen iguales. La gente se arremolina en las puertas y dificulta el paso. Se dan besos que acaban estrellándose en el aire. Hablan de cosas sin importancia porque el silencio les da miedo. Al pasar por la 209, ve que los cristales de la sala están llenos de poemas. Se detiene un momento y lee:

*El cielo tiene un hueco inaccesible
por donde asoma el pico de una mujer
que se duele de otoños.*

Sin querer, oye hablar del difunto de la 209. Una mujer con acento extranjero dice que se trata de un homenaje porque en realidad no hay cadáver al que velar, puesto que la última voluntad del finado ha sido la de donar su cuerpo a la ciencia. Por tanto, tras el cristal no hay más que flores secas y un puñado de poe-

mas. A Penélope le viene a la mente su tío Antoni, el poeta loco de la familia. Piensa que a él le gustaría eso, amortajar sus poemas tras el cristal y dejar su cuerpo en manos de un bisturí. Entonces se pregunta qué ocurrirá con su propio cuerpo en el caso de que muera de forma repentina. Es joven, pero la muerte no respeta nada. De lo que está segura es de que no quiere eso: flores caras y desconocidos dando vueltas alrededor de unos canapés. En cuanto tenga tiempo y regrese a casa, redactará sus últimas voluntades. No le parece una mala idea donar su cuerpo a la ciencia. A lo que no está dispuesta es a que su familia se quede con su obra. Sabe lo que vendrá después. Cuadros en la basura o en el despacho esnob de sus primos.

—Llegas tarde, como siempre —le recrimina Montserrat en cuanto la ve—. Ya se la llevan. Te espero en la iglesia.

Penélope observa a su madre mientras esta se marcha: los tacones altísimos; el traje a medida; el pelo corto, porque cuando una mujer cumple los cuarenta deja de ser mujer y se convierte en algo parecido a una manzana podrida tras el cristal; el maquillaje justo, y un leve perfume a Chanel número 5 mezclado con olor a tabaco, alcohol y distancia.

Una hora más tarde, Penélope camina tras el féretro de su abuela Asunción. En la iglesia no cabe un alfiler, pero ella tiene un sitio reservado en los primeros bancos. Cuando deja caer el cuerpo en la madera pulida, su madre le coge la mano y su padre se inclina hacia ella para dedicarle una sonrisa. Hay cuatro cirios custodiando el ataúd. El fuego asciende hacia el artesonado, y el color rojo se mezcla con el humo negro, que hace toser a uno de los párrocos. Todo debe purificarse, incluso la muerte y la miseria de los que aún

respiran. El incensario pasa varias veces sobre la superficie del féretro, y Penélope sigue su trayectoria oscilante con la mirada mientras piensa que si saliera disparado podría darle en el cogote a alguna de las amigas de su madre que ocupan los bancos de atrás. Montserrat no se ha quitado las gafas de sol y se lleva el pañuelo a la mejilla. Solo es un gesto automático, algo que ha aprendido a hacer en los funerales.

De pronto, el móvil de su padre se pone a vibrar en el interior de su bolsillo, justo cuando el sacerdote los invita a darse la paz. Penélope mira a su madre. Su madre la besa. Su padre besa a su esposa y después se inclina hacia ella y le acaricia el pelo. La paz no sirve para nada, piensa Penélope. La paz desaparecerá en el mismo instante en el que abandonen la iglesia y cada cual retome su camino.

Cuando concluye el funeral, Penélope se queda sentada en el banco, observando cómo sus padres reciben el pésame. Le da la sensación de que pasa una eternidad hasta que abandonan la iglesia.

En casa, la doncella, una chica paraguaya con una sonrisa resplandeciente, trae el carrito con el té. Se llama Selma y a veces Penélope la ha escuchado hablar con su familia en guaraní. Le gusta cómo suena ese idioma indígena. Piensa que un día de estos le pedirá que le enseñe unas palabras. Tal vez podría añadirlas a modo de *collage* a uno de sus cuadros.

Selma sirve una taza a su madre y le pregunta a Penélope qué quiere tomar.

—Lo mismo.

—Pero es que... —La chica duda.

—Déjalo, Selma. Mi hija no es tonta. Sírvete una tacita de ginebra y bien llena.

Selma sonrío y obedece.

—Gracias por traerme a casa —le dice Montserrat—. A tu padre siempre le surgen imprevistos en el último momento.

Penélope está impaciente. En el coche, su madre le ha dicho que necesitaba hablarle de un asunto urgente. Intuye que se trata de algo desagradable; algo que no va a gustarle. Siempre es así con ella. Cuando su madre quiere hablar es que ya ha tomado una decisión. No hay consenso, por mucho que se empeñe en mostrar cordialidad o sacar su mejor juego de té.

—¿Qué querías decirme? —pregunta Penélope.

—Primero bebe.

—No sé cómo puedes tomarte la ginebra a palo seco.

—Así es mejor, ¿para qué enmascararla?

—¿Y qué me dices de esto? —comenta Penélope, levantando su tacita de té.

—Es un capricho —contesta Montserrat. Sus mejillas se han cubierto de rubor—. Me gusta tomar la ginebra dentro de la porcelana. Llámame excéntrica.

—Es un autoengaño, y lo sabes.

—Todos nos engañamos alguna vez. La vida está llena de mentiras. Ya te irás dando cuenta.

Penélope calla. No está de acuerdo, pero no quiere discutir. Lo único que desea es marcharse de allí cuanto antes. Su madre apura de un trago la ginebra y alcanza la tetera para servirse más.

—El pastel de zanahoria es casero —le dice ofreciéndole un pedazo.

—No, gracias.

Permanecen en silencio hasta que Montserrat le suelta a bocajarro:

—Será mejor que te enteres lo antes posible. Quie-

ro vender Can Ribó. Ya tengo un comprador interesado.

Penélope se queda callada. Desde luego no esperaba una noticia así. Can Ribó forma parte de su vida, ¿cómo puede pensar su madre en deshacerse de la casa tan pronto, estando el cuerpo de su abuela aún caliente? La conoce y sabe que no va a dar su brazo a torcer. Aun así, piensa que no es una buena idea. Siente el corazón palpar con fuerza dentro de su pecho al pensar en su tío Antoni. ¿Es que su madre no tiene en cuenta a su hermano gemelo?

—Al tío Antoni le gusta Can Ribó —le dice—. No puedes vender Can Ribó sin su consentimiento.

Montserrat hace una mueca de fastidio.

—No te metas —le contesta—. Ese es un asunto entre él y yo. Dentro de unos días iré a llevarle los papeles y estoy segura de que no se opondrá a la venta.

En realidad, a Penélope Can Ribó no le importa tanto como parece, aunque alguna vez ha fantaseado con instalarse allí. Lo que verdaderamente le hace perder los nervios es la actitud de su madre, su secretismo, que nunca la tenga en cuenta ni le pregunte su opinión. Intenta serenarse y cuando vuelve a hablar su voz suena conciliadora.

—No estaría tan segura de eso. Él está muy apegado a la casa.

—¿Y tú qué sabes? —le espeta Montserrat.

Penélope vuelve a guardar silencio mientras piensa que su madre da por hecho que Antoni firmará solo porque es un pobre loco indefenso y sin voluntad. Un loco que piensa que Can Ribó está llena de fantasmas y que guarda en su interior un fabuloso tesoro. Tío Antoni lleva años recluido en un hospital psiquiátrico, una «casa de descanso», como reza en la puerta de la

institución. Su madre solo lo visita de vez en cuando. Lo ha abandonado a su suerte.

—No dejaré que lo firme. No voy a permitir que le engañes —dice Penélope sin medir el alcance de sus palabras.

—¿Y a ti quién te ha dicho que quiero engañarlo?

La joven se levanta para irse y su madre le dirige una mirada cargada de ira y desprecio. Desprecio por su melena fucsia, por el desenfado de su atuendo, por el grito azul de su cazadora de cuero. Por un instante, Penélope siente lástima de Montserrat. Las mujeres de su familia, de una u otra manera, han sido condenadas a sufrir. La bisabuela Mercè, la abuela Asunción, su madre... Pero ella, por fortuna, se ha librado del yugo familiar. O eso cree.

—Te equivocas, mamá —le dice antes de marcharse—. La venta de Can Ribó me atañe tanto como a vosotros. Soy tu hija y la casa también me pertenece.

Montserrat bebe otro sorbo de ginebra y no dice nada más. Es su forma de hacerle entender que la conversación ha acabado. Sin embargo, Penélope permanece en su sitio. Tiene la respiración agitada. No sabe todavía de qué se trata, pero algo ha empezado a nacer dentro de su pecho, una ligera suspicacia, tal vez. Está segura de que las prisas de su madre por vender Can Ribó obedecen a algo más que al deseo de deshacerse de una vieja casona. Es como si quisiera desprenderse de algo sucio, algo que quema, que debe soltar por su propio bien. Una de esas cosas invisibles que hieren incluso en la distancia del tiempo. Cuando al fin se marcha, Penélope sabe que ya no parará hasta averiguar lo que oculta su madre.